



Jorge Fernández
Díaz **La traición**



DESTINO

La traición

Jorge
Fernández
Díaz

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1531

© Jorge Fernández Díaz, 2021
c/o Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello, 2115, piso 8º
Providencia, Santiago de Chile

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-233-5925-7
Depósito legal: B. 3.583-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La Señora 5

La primera vez que veo en vivo y en directo a Sebastián Bonet es durante la ceremonia del Bicentenario de la Independencia. Se codea, a pura sonrisa, con el Presidente de la Nación en el palco de honor del Campo de Polo. A esa hora de la tarde, recibimos una alerta en la «cápsula» y se le sugiere al jefe máximo que abandone el lugar. Anuncian por altavoces que se retira, él devuelve los aplausos con la mano en alto y nosotros lo acompañamos hasta el helicóptero blanco con los pelos de punta. Luego nos enteramos de que el repliegue se debió a un incidente en el desfile callejero, sobre la avenida del Libertador: la policía detectó algo raro y detuvo a un tipo que intentaba sumarse a la marcha de los excombatientes de Malvinas. El sospechoso aparenta sesenta años, se coló en un grupo que tenía el acceso autorizado al campo de polo y porta una Ballester Molina 11.25. Hacen falta seis para reducirlo, porque es muy bravo. Más tarde la Señora 5 quiere saber de quién se trata; le informan de que es un exmilitante del ERP que recibió entrenamiento en La Habana, que participó en atracos y atentados con explosivos, y que fue

capturado y puesto a disposición del Poder Ejecutivo diez meses antes del golpe de 1976. Pasó nueve años en distintas cárceles, y tiene, como cualquiera de nosotros, problemas psiquiátricos. La Ballester Molina está oxidada y con ella no habría podido cargarse a ningún paisano, pero al menos le abren una causa por tenencia de armas de guerra. El tipo se llama Bublik y le dicen el Ruso. No le pueden sacar una palabra, y eso que los muchachos lo trabajan a fondo tres noches y dos días. Buscan un magnicida verborrágico y una conspiración, pero al final únicamente consiguen a un infeliz silencioso con una herramienta inútil, un lobo solitario sin dientes destinado más al loquero que a la historia.

Bonet no se entera de este zafarrancho de combate: apenas el Presidente sale de escena, el senador recula hasta la salida estrechando manos y besando niños, y se va a almorzar a su casa de Highland Park. En el campo suena la banda musical de la Agrupación Acuartelamiento Aéreo de Getafe. Tocan *Que viva España*. Los colaboradores especiales de la Casa Militar permanecemos hasta el último compás de la jornada y después nos encargamos de sacar al Jefe de Gabinete. A las cuatro quedamos liberados y nos tomamos unas cervezas en la Costanera. Cae el sol sobre el río, se termina el día y, por ahora, no ha muerto nadie.

La segunda vez que veo a Bonet es en la terminal de Buquebus, cuando él intenta abrazar a su esposa y ella le da un empujón tan fuerte que por poco lo

sienta de culo. Se llama Carina, es licenciada en Ciencias Políticas y madre de dos abogados y una psicóloga: lleva el pelo corto y negro, y unos anteojos intelectuales que resaltan fuertemente sus ojos claros. Una mujer refinada y a lo mejor un tanto sufrida, que alguna vez fue delgada y a quien un cirujano le agregó últimamente algunos centímetros en la zona del pecho y un toquecito que le suaviza las patas de gallo, aunque todo sin exagerar y con buen gusto. La Señora 5 la reconoce como una «mina inteligente», pero eclipsada por la fama de Bonet. Cálgaris y yo comparecemos muy temprano en su nueva oficina de 25 de Mayo, y oímos de Beatriz Belda los detalles del problemita que se suscitó anoche en un hotel cinco estrellas de Uruguay. Mientras lo cuenta, Beatriz trota sin transpirar en su cinta. No quiere que intervengan ni la Agencia ni la Cancillería, y lo ideal es ver si se puede apagar la mecha antes de que todo salte por el aire. Bonet estaba en Europa, pero ya sacó un pasaje de regreso; su mujer trató de asesinar a su propia hermana empujándola por la escalera. La frustrada homicida está en una celda de la única dependencia policial y su víctima, en el hospital regional y con pronóstico reservado. La prensa importante todavía no ha picado, a pesar de que el chisme corre rápido por el pueblo, pero un periódico zonal ya ha publicado un suelto de último momento. Es cuestión de horas.

No hace falta que Belda nos explique lo importante que Bonet es para este gobierno; los analistas políticos lo califican como «la pata progresista» del proyecto: un referente de la centroizquierda que

ejerce desde fuera una fiscalía republicana y extiende un certificado moral, y que además garantiza la gobernabilidad coqueteando con Balcarce 50 y quitándole, a cambio, fondos y prebendas para sus hombres y su partido. Bonet merece nuestro mayor esfuerzo. Llevo a Cálgaris hasta el aeroparque y lo pongo en un avión a Montevideo: el coronel se encargará del Poder Judicial y las altas esferas, mientras que yo me subiré a un ferry y me ocuparé de desembarcar en el terreno raso. Se trata de una operación rutinaria para nosotros, un reflejo de los viejos y buenos tiempos, solo que ahora estas faenas clandestinas de limpieza se cumplen a pedido de la Señora 5. La reforma de todo el Sistema Nacional de Inteligencia y la designación de Belda en el cargo más alto modificaron un mecanismo fundamental de ese organigrama invisible: la Casita perdió toda autonomía y pasó a funcionar como agencia paralela bajo las órdenes exclusivas de la gran dama. Y a espaldas del Presidente, que no tolera ese tipo de artimañas, aunque se beneficia indirectamente con ellas. La reforma buscó iluminar los sótanos de los servicios y la Comisión Bicameral fiscaliza como nunca las nuevas tareas de la Central, de modo que Beatriz se maneja como una santa impoluta ante los legisladores y la opinión pública, pero íntimamente se cree muy por encima de la ingenuidad presidencial, tiene una actitud paternalista con su *petit comité*, toma decisiones de alta política sin consultar y se reserva para sí el privilegio de utilizar la Casita en esa clase de maniobras alternativas. La Jefatura de Gabinete observa a Belda con suspicacia, como si ella siempre

estuviera a prueba y sin sospechar siquiera la existencia de la base Chacabuco. La estructura oficial de la AFI mira para otro lado porque es gente muy curtida y no quiere pisarle los callos a la persona equivocada. Leandro Cálgaris fue uno de los «cerebros» de esa perestroika y es un asesor influyente en la corte de la nueva reina. A pocos les gusta meterse con ese geronte peligroso que ya debería haber pasado a los cuarteles de invierno, pero que siempre se las arregla para caer bien parado.

El hotel resulta fastuoso y no guarda la menor proporción con esa ciudad modesta; todos saben que es fruto del lavado de los años noventa, aunque ya ha cambiado varias veces de dueño. El gerente estudia mi carnet de la Policía Federal Argentina y me cuenta todo lo que le dijeron al comisario y a la jueza de turno: Carina y Florencia Fabrisi se alojaron en un dúplex con vistas a un bosque de pinos y eucaliptos; jugaron a tenis, usaron la piscina y el spa, y cenaron varias noches a solas en un restaurante que hay a dos kilómetros de ruta y campo. Nada llamó demasiado la atención del personal, salvo que las hermanas parecían siempre enfrascadas en largas conversaciones, y que al comienzo se reían mucho, que luego las oían discutir en voz baja pero tensa, y que al final cada una parecía andar por su lado, como si estuvieran disgustadas. Las empleadas que aseaban la habitación de dos pisos encontraban cada mañana muchas botellitas de whisky vacías en el cesto de la basura. La otra noche, tardísimo, un camarero vio a Carina

fumando a solas en una terraza y se le acercó para preguntarle si se sentía bien y si deseaba algo: la mayor de las Fabrisi lloraba a moco tendido. Un miembro del equipo de mantenimiento creyó oír gritos e insultos cuando, doce horas más tarde, atravesó el parque para arreglar un desperfecto en la instalación eléctrica. Y una de las chicas de la conserjería, la verdadera testigo de cargo, declaró que Florencia subió al primer piso, donde está la biblioteca, y que poco después apareció en la recepción su hermana con mala cara y fue a buscarla con zancadas enérgicas. Empezaron a levantar el tono, aunque la chica no puede reproducir los términos de la disputa, y entonces Carina gritó «¡Hija de puta!» y Florencia rodó por las escaleras y cayó dando tumbos, como si fuera un muñeco. «Estaba torcida, inconsciente, creímos realmente que se había roto el cuello», dice el gerente, y yo tomo nota. Carina se quedó en lo alto unos segundos y después bajó corriendo, como loca, abrazó a su hermana y trató de reanimarla mientras pedía que llamaran a un médico. Llamaron a una ambulancia y a un coche patrulla.

Visito el sanatorio y me recibe cordialmente su director. Es verdad, los uruguayos son argentinos mejorados. Mientras no sea periodista, poco le importa si pertenezco a la Federal o al MI6. Traumatismo craneal leve con pérdida de conocimiento y lesiones musculares. Recuperó la conciencia, pero la tienen con analgésicos y bajo observación, y le están haciendo varios estudios; presumen una lumbocotalgia traumática con compresión radicular. Tuvo suerte, pero tardará en recuperarse y experimentará unos

dolores horribles. El vigilante que monta guardia en la puerta de Terapia me impide el paso. Voy caminando hasta la comisaría y pido una entrevista con el comisario. Tengo que esperarlo un largo rato en ese destacamento bien pintado y mal provisto donde nunca pasa nada, pero donde ahora suenan los teléfonos, van y vienen los zumbidos y se percibe en el aire un nerviosismo general. Afortunadamente, el coronel me avisa por WhatsApp de que el subsecretario de Interior ha llamado al comisario para que no exagere y para que me atienda. Y que le están echando una mano en la Suprema Corte, porque la jueza es un poco testaruda y mandada. Me pregunta si los cuervos sobrevuelan. «Por ahora no vi a ningún corresponsal, pero estarán al caer», le respondo. «Apurate», me ordena.

El cacique finalmente me hace a pasar a su cubículo. Es un gaucho regordete con un bigotazo gris; no convida su mate amargo, pero me informa de los progresos. Carina Fabrisi de Bonet está hasta arriba y necesitaría más un abogado que un policía. La jueza decidirá en cuarenta y ocho horas si es accidente, agresión o intento de homicidio. Por supuesto, ya sabe que la rea es la esposa de un senador argentino, y la trata con cierto tacto. Está incomunicada, pero yo puedo visitarla extraoficialmente, dadas las directivas de la superioridad. La visito en su celda de dos por tres, y nos dejan solos. Tiene hinchados los párpados y las mejillas de tanto llorar, pero no parece desesperada. Le ofrezco un cigarrillo y la escucho: vinieron a festejar el cumpleaños de Florencia, un viaje de hermanas que se debían desde hacía mucho

tiempo. Estuvieron repasando toda su vida, la infancia feliz, los novios de la adolescencia, las cosas de la familia. Florencia no se casó ni tuvo hijos, lo que para sus padres equivalía al fracaso más rotundo. «Ella me empezó a recriminar que fuera tan egocéntrica y perfectita, con un nivel de celos que a mí me dejó con la boca abierta —dice exhalando una columna de humo—. Se pudrió todo, empezamos a pasarnos facturas y terminó en un desastre. Flor estaba histérica y se cayó como una bolsa de papas. Me cuentan que está bien, gracias a Dios.» Sonríe porque le reconozco la sangre fría, y le explico que le conviene decirme la verdad. «¿La verdad? —me devuelve después de veinte segundos—. Vaya y pregúntele a ella. Es la que tiene que dar las explicaciones.»

Le hago caso, no porque la crea sino porque nos corre el reloj y es necesario tomar todos los atajos posibles. El comisario duda, pero al final llama al director del hospital y este me franquea el paso. Florencia Fabrisi es más joven y más armoniosa que Carina; se nota que ha puesto mucho más empeño en su figura, aunque luce unas arrugas marcadas y unas ojeras lúgubres. Está acostada y prendida a una bolsa de suero, y tiene un moretón en la nariz y otro en el cogote. Los calmantes no le impiden enfocarme con interés ni escucharme con curiosidad. Sabe que su hermana está presa y comprende que urge sacarla antes de que llegue la televisión. Cierra los ojos unos instantes y suspira, como resignada, y me dice en un susurro que Carina es inocente. «Quiso matarme —agrega a continuación—, y casi me electrocuta. Pero con toda la razón del mundo.» Le rueda

una lágrima densa por la cara; la grabo con el celular mientras me describe los hechos. La cuñada de Bonet es además su asesora jurídica en el Honorable Senado de la Nación. Empezaron a trabajar juntos, muchas veces de noche, y a viajar a distintas provincias por asuntos del Parlamento y del partido. Sebastián es un gran seductor de masas, de intelectuales y de artistas; sedujo también a la hermana de su mujer. Fue algo progresivo, casi sin darse cuenta. Se dejaron llevar. Y comenzó un larguísimo romance clandestino y doloroso para Florencia, un calvario de culpas pero a la vez una montaña rusa de excitación prohibida y complicidades. Carina empezó a sospechar que Sebastián tenía una amante y lo hizo seguir por un detective, pero no consiguió nada. La única acompañante fiel del senador era su hermana; ni se le pasaba por la cabeza sospechar de ella. Pero un día la mayor pescó la mirada de la menor en un asado familiar, y a la semana siguiente apareció de sorpresa en el despacho de Bonet y descubrió que había salido a almorzar con su hermana; los alcanzó y comió con ellos, que estaban locuaces e incómodos. Y entonces presintió lo peor, pero fue incapaz de encararlos ni de contárselo a los demás. Se sentía avergonzada, indignada y, a veces, dubitativa: ¿no estaría, a fin de cuentas, viendo fantasmas, siendo un poco paranoica? «Yo intuí lo que pasaba, la conozco mucho —dice Florencia mordiéndose un labio—. Traté de dejar a Sebastián seis o siete veces. Se lo juro. Pero la piel es una perdición. Carina empezó a insistirme con estas vacaciones juntas, quería sacarme de mentira verdad, y después pegarme un tiro.»

Pero no podía pasar un arma de fuego por la aduana y al final improvisó: usó los escalones llevada por una emoción violenta. «Fueron días negros —suspira—. Y yo no tengo perdón.»

Mientras camino de regreso a la comisaría hablo con Cálgaris y le anticipo que todo se arreglaría con una declaración inmediata de Florencia Fabrisi: dirá bajo juramento que discutían por huevadas y que se resbaló. El coronel no pierde un minuto, corta para volver a llamar a alguien. En la vereda de la comisaría hay un fotógrafo y dos plastas con libretas. El policía ya ha sido instruido para mantenerlos en ascuas, pero una llamada de Montevideo lo persuade de poner la jeta e informar de que no tiene a la señora Bonnet en calidad de detenida sino apenas demorada por la investigación de un accidente doméstico. La declaración desinfla un poco la expectativa mediática, aunque al atardecer los plastas ya se han multiplicado por cuatro. A las nueve en punto, la jueza ordena liberar a Carina Fabrisi, y la policía me permite sacarla por la puerta de atrás, meterla en un coche de alquiler, conducirla a la terminal y subirla a un Buquebus. Acomodada en primera, mirando el horizonte de espumas, Carina dice: «Mis viejos fueron muy duros con mi hermana, todo el tiempo me ponían como ejemplo, ignoraban a Florencia. Eso lo resintió todo entre nosotras. El vértice de la familia era yo, el escenario del encuentro era siempre mi casa, y la mayor tenía de todo: plata, hijos, esposo, respeto y veneración paterna. Flor no estaba jodiendo a Sebastián. Créame. Nos estaba jodiendo a todos nosotros, principalmente a mí». El psicoanálisis está hundiendo a Occidente.

A pesar de esa indulgencia melancólica, cuando Carina Fabrisi se encuentra con Bonet en la terminal de Buenos Aires y el senador trata de consolarla con un abrazo, ella lo empuja con la misma fuerza e intención con que arrojó a su hermana por aquellas escaleras. El progresista no cae de culo ni de nuca porque lo agarro a tiempo del brazo y lo sostengo en el aire. Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

La tercera vez que veo a Bonet es en un reservado de Los Rojos, restobar de San Telmo que le pertenece y que celebra los símbolos universales de la izquierda. Hay fotos del Che y de Fidel, y también piezas de museo que recorren la iconografía revolucionaria de los años setenta. Parece que Perón era socialista y que Lenin era argentino. El menú tiene platos alusivos: el caldo Neruda (con mucho pescado), el arroz Mao (con carnes salteadas en aceite) y el escabeche Carlos Marx (con remolacha y pepinillos). Pero también hay sitio en las paredes para el eurocomunismo y para los diversos cantautores del progresismo cultural. Suena Patxi Andión y en la penumbra de las mesas se divisan rostros conocidos: políticos de rosca y actores de porro. El reservado es un compartimento ferroviario, tiene puerta con vitrales y dibuja los perfiles contrapuestos de Evita y La Pasionaria. Nadie molesta al anfitrión que celebra en esa cabina insonorizada sus almuerzos y cenas de trabajo. Parece una invitación en agradecimiento por los servicios prestados, pero en realidad el senador quiere charlar

con la dama y el coronel sobre un asunto de política y negocios. Antes que nada le ordena al mozo una «brandada de bacalao Mitterrand», a modo de entrada compartida, y me hace un reconocimiento especial con el aperitivo en alto por la delicadeza con que traté a su mujer y a su cuñada. Es un hombre largo de pelo tupido peinado hacia atrás, barba entrecana y anteojos con montura de metal dorado. Un caballero que se mantiene en forma y que tiene una elegancia catalana o francesa. Vivió su exilio en Barcelona y en París, se distanció del peronismo revolucionario sin volverse gorila y comenzó a formatear su heterodoxa Arca de Noé. Su discurso suena envolvente, aunque Belda no se deja envolver por nada. El coronel le habla del arte soviético y se pronuncia contra el inconformismo abstracto, algo que ni la Señora 5 ni un servidor alcanzamos a comprender, pero que los tiene un rato entretenidos. Conversan entonces sobre Arkady Rylov y los azules del mar y las gaviotas, y a mi turno pido un «tartar de ternera Julio Cortázar». A Belda le molesta quedar al margen, y Cálgaris lo sabe; por eso la tortura con secreto regocijo. Finalmente, ella retoma la iniciativa y pregunta directamente a Bonet quién es su principal interlocutor en el Gobierno. El senador menciona a un ministro, y hasta lo elogia, pero a continuación prueba el vino como si fuera un *sommelier* y vuelve a mirar a Cálgaris con sorna:

—Sé que en los setenta rápidamente lo destinaron a la red europea de espionaje y no tuvo que ensuciarse las manos.

—Mandé varios informes sobre sus ingeniosas

ocurrencias en la Campaña Antiargentina. —Cálgaris se ríe y bebe un sorbo de su whisky doble.

—Se salvó por un pelo de mi guillotina, coronel.

—Y usted de la mía.

Bonet fue uno de los principales lobistas internacionales contra la dictadura y más tarde una figura central para el enjuiciamiento de los milicos. Con el correr de los años, ejerció la persecución justa (*Le Monde* lo llamó «El Wiesenthal latinoamericano»), organizó marchas de presión pública, articuló acciones penales, participó en purgas castrenses y recibió premios en los Estados Unidos. Es un héroe indiscutible, aunque tiene críticos severos entre los mismos organismos de derechos humanos y en el interior de los partidos mayoritarios: algunos lo acusan de personalista y de hacer política partidaria con un tema tan sensible, y otros de ser vengativo, apretando a los jueces para que los encausados no sean tratados con la mínima humanidad. «Este inquisidor de la *gauche caviar* hace un paradójico macartismo al revés —lo fustigaba hace unos años un furioso disidente de su propia fuerza—. Para terminar con la antropofagia se come al caníbal.»

—También tengo su expediente de Malvinas —me dice, y se quita los anteojos para frotarse el puente de la nariz—. La Cruz al Heroico Valor y luego todas esas condecoraciones de Inteligencia.

—Supongo que tampoco se ha privado de leer sus causas abiertas —ironiza Cálgaris.

—Abiertas y convenientemente cerradas —replica, y nos observa a los tres como a un cuadro—. Sé lo que hicieron el verano pasado. Todos juntitos y en

la Patagonia, coronel, y por supuesto, soy un admirador incondicional de madame Belda.

Choca su copa con el vaso de Blue Label y Beatriz le corresponde el elogio con una sonrisa astuta, achicando sus ojos y echándole un vistazo en diagonal. Bonet se da cuenta de que se ha quedado corto y, mientras traen los platos principales, le recuerda algunas operaciones legendarias que se comentan en los corrillos del Congreso. BB come como un pajarito, y no parece conmovida por el homenaje; se permite incluso corregirle algún dato fantasioso. Fue una armadora genial y una operadora maquiavélica, pero ahora es la Señora 5, y así como no le interesa el arte tampoco le interesa el pasado, y eso incluye la manera en que simuló ser despedida de la Casa Rosada, se ganó la confianza de un gobernador patagónico de la temible liga opositora y lo destrozó desde adentro hasta lograr su destitución. Aquella traición en la que estuvimos involucrados no significa mucho para Beatriz, que nunca maneja con el espejo retrovisor ni se muestra complaciente con sus propios logros. No es que sea humilde, sino que su ambición no la deja en paz.

—¿Sabe lo que el ministro no termina de entender? —le pregunta Bonet—. Que no acuso peso en la balanza, que no soy digno rival en las urnas.

—Hoy —elogia ella.

—Ni hoy ni por mucho tiempo, Beatriz. Seamos serios. Puede concederme privilegios con la tranquilidad de que mi proyecto es a lo sumo para el mediano y largo plazo. Y que no está fortaleciendo al gran enemigo mortal.

—Te dieron la presidencia de comisiones parlamentarias muy importantes —lo tutea Belda—. Y tus intendentes tienen acceso fluido a la caja y a las obras.

—Calderilla —rechaza—. Aportes de supervivencia a cambio del enorme esfuerzo y la paciencia que pongo para dar *quorum* y acompañar algunas de esas leyes de derecha. Mis votantes se tragan sapos cada semana.

—No es lo que dicen las encuestas —retruca Beatriz sin pestañear—. La mayoría de tus votantes son críticos con este gobierno, pero valoran que vos no seas rupturista ni pongas palos en la rueda.

—El núcleo duro me acusa de tibio; en un año me acusará de cómplice.

El tartar es delicioso y viene sobre un colchón de papas fritas cortadas en láminas. Cálgaris se rasca el bigote amarillo e interviene:

—¿Y qué regalo le niega el ministro, si se puede saber?

Bonet deja los cubiertos y mira a BB: es evidente que solo a ella la reconoce como interlocutora.

—Hablemos con franqueza, Beatriz —le dice para colmo—. No nos alcanza con ser un partido testimonial. Los liberales tienen plata por cuna o por negocios privados, y los peronistas van por el botín del Estado y son casi todos ricos. Nosotros somos unos novatos, no mojamus en ningún lado.

—¿Y dónde le gustaría mojar? —le insiste Cálgaris, mientras corta con la cuchara un trozo de cochinitillo que celebra a Paco Ibáñez.

El senador hace una pausa y se mira las uñas.

—Necesitamos inserción popular —responde,

pero de inmediato levanta la vista y la clava de nuevo en BB—. No tenemos vocación de partidito de clase media. Dispongo de algunos créditos internacionales para acción social, una fundación prestigiosa, varias universidades, una agrupación piquetera y algunos gremios afines. Me faltan una o dos compañías que ganen licitaciones «tuneadas», nos remolquen y nos den consistencia financiera.

—¿Y por qué confiaría en mí después de la fama que tengo? —se ríe Belda, y le pide al mozo que le traiga otro whisky.

—El coronel tiene una habilidad exquisita para financiarse con empresas afines, y no es el único caso en el mundo de los servicios —dice Bonet, que ya ha abandonado la comida y ahora anda con pies de plomo—. Pero efectivamente nunca correría el riesgo de que me ayudara para destruirme. La historia enseña.

—¿Entonces? —se extraña la Señora 5 y encaja un cigarrillo en su boquilla.

Bonet le da fuego con un Ronson de oro.

—Si convence al Presidente, puedo compartir utilidades con usted, madame —dice por fin.

Ofrece a Balcarce 50 un trato de doble cerrojo: no puedo denunciarte sin denunciarme a mí mismo. Tablas. La cena se extiende y deriva en una suave tormenta de ideas, aunque los tres parecen estar jugando al Monopoly. Cálgaris pide para el postre un «halva Jean-Paul Sartre»: pasta de sémola con almendras. Suena *La Muralla* de Quilapayún. El pueblo unido jamás será vencido.

La última vez que veo a Sebastián Bonet es en un canal de noticias: las imágenes a repetición lo muestran sin vida sobre una camilla que cuatro bomberos trasladan a paso vivo; el helicóptero de campaña en el que se movía se precipitó a tierra en La Pampa y los tres ocupantes están muertos. Es un Bell-407, y los periodistas, grandes expertos en máquinas voladoras, ya se dividen entre los que creen que hubo una evidente falla humana y los que están seguros de que se trató de un desperfecto. Hay conmoción y pena en el mundo de la política y dentro de la colonia artística; el Presidente escribió un párrafo en Facebook lleno de alabanzas y dolor.

Transcurrió un año entero desde aquella cena en Los Rojos, y Cálgaris no está muy seguro de que Belda haya pasado efectivamente el mensaje. Lo único cierto es que el «trato de doble cerrojo» nunca tuvo lugar, que Bonet consiguió el respaldo de dos constructoras falsas vinculadas a una provincia del noroeste y que se proponía fabricar casas populares. Sueños compartidos. El coronel investigó por curiosidad cómo funcionaba el flujo de fondos: la fundación es una aspiradora de préstamos girados por organismos humanitarios y tiene el apoyo de compañías que han crecido a la sombra de un gobernador con cuentas secretas en islas Seychelles. Bonet se buscó provisoriamente otro padrino de menos quilates, el kiosco es de dimensiones más modestas, pero así y todo implica montar un circuito y armar un arranque.

—Me sorprende la audacia —confiesa el coronel—, sobre todo para un denunciador en serie de corruptos.

—Selectivo —lo corrige BB—. Un denunciador selectivo: se rasgó siempre las vestiduras cuando la derecha era la que metía la mano en la lata. Cuando lo hacía la izquierda era más perezoso.

—Una cosa es depredar y otra muy distinta es cobrar el impuesto revolucionario —ironiza—. No hay que razonar según la moral burguesa.

—De todos modos le concedo que fue una jugada audaz —acepta Belda, pensativa—. Una mancha más no preocupa al tigre, pero un puntito de grasa en el guardapolvo blanco del mejor alumno se nota a diez kilómetros y lo arruina todo.

—El gobernador es lejano, pero sigue formando parte de la coalición —le advierte Cálgaris—. No se puede denunciar a Bonet sin sacrificar al aliado.

—Los buenos y los malos: en este país todos están hasta las pelotas, coronel, solo faltaba el héroe moral. —Sonríe y se encoge de hombros—. Y vamos a ver, al final del juego, quién sacrifica a quién.

Descubrimos a la Señora 5 de riguroso luto en el cementerio de la Recoleta, despidiendo los restos del prócer. Beatriz es baja y durante estos meses se ha dejado crecer un poco el pelo; tiene una melena blanca, discreta y lacia que apenas le llega hasta la mandíbula. Cuando abraza a Carina Fabrisi descubro que la viuda le lleva una cabeza y que no le evita una mirada de fondo. Los fotógrafos enfocan a la familia de Bonet, pero Florencia no ha acudido al entierro. Durante cuarenta y ocho horas ha habido largas filas para decirle adiós al progresista, que fue velado con

todos los honores en el Salón Azul del Congreso. Y una multitud espera en la plaza; llantos y cánticos, y un grupo que entona «La Internacional». Ya se sabe que el senador fue víctima de un problema mecánico. El informe técnico preliminar detectó una «avería en uno de los cuatro servoactuadores» del helicóptero: el encargado del movimiento lateral estaba bloqueado; la tuerca y el eje internos permanecían desajustados, y al darse cuenta de que los mandos no respondían y perdía maniobrabilidad, el piloto intentó una táctica de emergencia. Los peritos afirman que voló setenta metros y experimentó un cambio brusco en la trayectoria justo antes del impacto.

—Ni el más paranoico de la Agencia piensa que haya sido otra cosa que un accidente —dice Beatriz al día siguiente corriendo en su cinta.

—Tiene que creerles —le recomienda Cálgaris—. En este edificio lo que sobra es paranoia.

—¿Una tuerca y un eje desajustados? —Arruga el ceño—. No me cuadra. ¿Justo cuando el héroe pisa el pantano, cuando la mujer lo descubre beneficiándose a su hermana? Demasiados enemigos para una tuerquita.

—Podemos hacer una lista —avisa Cálgaris llenando la cazoleta de su pipa—. Pero si convocáramos a todos los que odiaban al senador, la fila daría diez vueltas al Cabildo.

—El juez es tan boludo como el Presidente, y tiene tanto apuro para cerrar la causa como el Señor 8 y sus muchachos. Quiero que trabajen esa hipótesis de manera independiente y con mucha prudencia. Quiero saber quién mató a Bonet.

La lista ya fue confeccionada por la Dirección de Reunión Interior, y Cálgaris se hace de una copia. La encabezan cerca de mil dinosaurios que están condenados por las peores razones; tipos peligrosos y sanguinarios, con familiares cargados de resentimiento. Páginas y páginas de nombres y domicilios y consideraciones. Es un conjunto inabordable. A continuación vienen los militares y los policías que fueron purgados de las distintas fuerzas, algunos por ligazones remotas o por mera portación de apellido. La tarea está incompleta: también podríamos agregar en este caso a parientes y amigos cercanos. Quinientos de los detenidos por delitos de lesa humanidad murieron en prisión. Hay un apartado con exjefes que amenazaron o denunciaron en el fuero penal cierto ensañamiento por parte de Sebastián Bonet, y unos cincuenta más que hicieron lo propio con otros luchadores de los derechos humanos. Un nazi de la provincia de Buenos Aires es sospechoso de la desaparición de un testigo. Bonet, en efecto, tiene más enemigos que el mandamás de la Casita, lo que es mucho decir. La nómina se completa con divagues de servicios: rivales políticos, dirigentes que se beneficiarían con su salida de la escena y cosas así. Agregamos, por nuestra cuenta, los nuevos socios comerciales, el piloto y el custodio del senador y, por supuesto, las hermanitas Fabrisi. El coronel pide también a sus colegas los cruces de llamadas de su celular, los mensajes de WhatsApp y las búsquedas de su tableta y su *netbook*, y pregunta confidencialmente si alguien lo tenía pinchado. Nadie en la línea. Y, que se sepa, nadie en la Federal ni en la Bo-

naerense. Llama a Palma y con la autoridad que le otorga ser uno de los dueños secretos de ese emprendimiento marginal y privado le requiere una respuesta sincera: ¿algún hacker de la Cueva fue contratado para espiar a Bonet? Palma jura que no, pero conoce la historia del padrino y tira una idea: todo gobernador cuenta con un ministerio o una dirección de Seguridad. Cálgaris le ordena que les rompa el cortafuegos y verifique si en el noroeste lo estaban escuchando. Tarda doce horas en confirmarle que sí. El coronel pide una audiencia con el gobernador, fotocopia los carpetazos inactivos que guarda en la Casita y vuela a celebrar un almuerzo de lo más pacífico. Regresa al día siguiente con las transcripciones de un mes entero. Lo espero con una novedad: el ex-general de brigada Leopoldo Braña, que participó de la represión ilegal y fue responsable de la desaparición de militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo, tuvo privilegios insólitos desde el comienzo de los juicios, y en algunas publicaciones trotskistas se acusa sin pruebas a Bonet por haberlo beneficiado en términos judiciales. El dato me lo facilita un amigo de Inteligencia Criminal de Gendarmería, pero buscando también lo encuentro en las redes sociales y en Google: le pido permiso a Cálgaris para contactarme con algún editor partidario, pero ordena que antes nos concentremos en las llamadas y en las mujeres. Nos abocamos todos a analizar el material, que es abrumador. A los tres días, Palma y yo acudimos con papeles y carpetas al despacho del coronel, que escucha de fondo el piano de Oscar Peterson. Cálgaris está en mangas de camisa, con sus tirantes, su cor-

bata de seda verde, su alfiler y sus gemelos de oro. Palma, en contraste, lleva el pelo revuelto y grasiento, y una remera de *The Walking Dead* donde aparece un zombi lamiendo un fémur.

—No cualquiera puede hacer una operación de sabotaje de estas características —empieza el coronel barriéndonos con sus ojos glaucos—. Y mucho menos con un mecanismo tan complejo, en un hangar tan vigilado. Después de echarle una ojeada al material y de pensar un rato, tengo la misma impresión que el director general de Operaciones y que el jefe de Contrainteligencia: fue un accidente.

—Encontré este antecedente en un juzgado de Teruel —digo, y le alcanzo un documento—. Un Bel-407 que llevaba a una patrulla para sofocar un incendio forestal. Seis muertos y un herido. Al final se comprobó que no hubo sabotaje ni error humano: el bloqueo de uno de los servoactuadores es uno de los puntos débiles del aparato, los fabricantes ya mejoraron su seguridad, pero acá necesitaba un mantenimiento fino y los encargados de trasladar a Bonet no fueron muy cuidadosos.

Cálgaris me devuelve el documento y carga de nuevo su pipa. Pronto la oficina más alta de la base Chacabuco se llena de esa rara mezcla de *cherry*, una combinación de Virginia suave con un toque de Burley, que a Palma lo hace toser.

—La Señora 5 es caprichosa —dice el coronel, echándose hacia atrás—. Y nos quiere ver sudando la gota gorda. Pero segmentemos la información. La Agencia confeccionó una lista de helicopristas y mecánicos.